

ORIGEN Y DESARROLLO DEL HOSPITAL DE SAN LAZARO.

Fué don Pedro Alegre, quien decepcionado de la vida y despreciando los gozes que el mundo ofrece al rico, abrazó la carrera eclesiástica, ingresando en la Compañía de Jesús, y el 30 de julio de 1681, ante el Notario don Ignacio Núñez, hizo donación de su estancia "Los Pontones", para que en ella tuviesen albergue los pobres que como su hijo Pedro, padeciesen lepra.

Por el Asilado Oscar Benitez

EN JULIO último, hizo 238 años que un hombre generoso y bueno, herido por la sañuda garra de la lepra en la persona de su hijo, lloró su infortunio, viendo impotente que la carcoma de esta enfermedad iba devorando carne de sus carnes; y, el dolor de los dolores de su hijo, le hizo conocer en toda su extensión el de aquellos sus semejantes enfermos, pobres y vagabundos. Enfermos, porque la lepra hace por igual estragos en el rico que el pobre; vagabundo porque la suerte con sus caprichosas injusticias, se manifiesta negando a unos lo que da a otros con creces.

Este hombre bueno, generoso, rico y desgraciado, fué don Pedro Alegre, quien decepcionado de la vida y despreciando los gozes que el mundo ofrece al rico, abrazó la carrera eclesiástica, ingresando en la compañía de Jesús y el 30 de julio de 1681, ante el notario don Ignacio Núñez, hizo donación de su estancia "Los Pontones" para que en ella tuviesen albergue los pobres que como su hijo Pedro, padeciesen lepra.

Aquella estancia a extramuro de la antigua Habana, y que sólo tenía fabricadas una ermita y tres casas de guano fué la confluencia donde se unían los ríos de lágrimas que vertían los más grandes desdichados de aquella sociedad. Una de aquellas casas y la más próxima a la ermita, era la que ocupaba el hijo leproso del fundador del hospital "San Lázaro"; y allí vivió hasta que Dios, siempre compasivo de que sufre, hizo cesar su martirio llevándolo a su seno como justa y muy merecida recompensa a la filantropía de su buen padre, don Pedro Alegre.

Las tres casas de guano y la solitaria ermita con su "San Lázaro" que es el que actualmente existe en la Capilla de este Hospital, fueron el albergue de los leprosos pobres de La Habana durante 34 años.

En 1708 fué extendida la estancia "Los Pontones", con una pequeña donación del Ayuntamiento de la Habana; y si bien es verdad, que la media caballería de terreno donada por los Ediles habaneros, era de muy escaso valor en aquella época, en nuestros días lo tiene muy crecido.

En 1714 el Rey don Felipe V dispuso se edificase una casa-hospital digna de una ciudad que como La Habana, era la más importante de sus colonias; y, para llevarlo a la práctica, sin demora, y, recabar fondos para la obra, impuso derechos de anclaje a los barcos que fondeasen

en su bahía, donó dos mil pesos y autorizó el nombramiento de demandantes que recabasen de la caridad pública recursos para la fabricación. Con lo obtenido por estos medios, fueron edificadas pabellones, que si bien es verdad ofrecieron a los enfermos mayores comodidades que las casas de guano de don Pedro Alegre, como ellas, no tenían más objeto para los leprosos que proporcionarles un hogar. Así estuvieron hasta que en 1860 un huracán barrió con todo.

En 1861, y siendo administrador del Hospital el virtuoso y filantrópico sacerdote D. Pedro Gómez Marañoa, fué edificado el edificio que hasta 1916 ocupamos en La Habana.

No podemos dejar pasar por alto el nombre de este virtuoso y generoso sacerdote sin dedicarle un recuerdo cristiano a su memoria; a él exclusivamente se debía aquella obra gigantesca con relación a su época; él donó sus sueldos de ocho años como administrador del Hospital, él obtuvo valiosos donativos de personas ricas y caritativas, él pidió limosnas entre los vecinos generosos de toda la Isla y él, no escatimó medios hasta ver realizada su obra. Si don Pedro Alegre fué quien hizo la primera donación para el hospital "San Lázaro" y le cabe el honor de fundador; el Padre Marañoa, fué quien hizo el primer hospital, propiamente dicho; y, sus grandes méritos corren parejos con los del inolvidable don Pedro Alegre.

Los breves datos biográficos del Padre Marañoa que copio de la "Verdad Católica" de febrero de 1864, dicen bien claramente y ponen de relieve las altas dotes de inteligencia y virtudes que adornaban al sabio e inolvidable Sacerdote.

En el año primero del siglo pasado vio a luz en la Villa de Haedo, Vizcaya, hijo de padres que como él sobresalieron por sus virtudes y talento. Cuando tenía 18 años ingresó en el Seminario Conciliar de San Pelagio Mártir, en Córdoba, dos años después de su ingreso en dicho plantel, recibió la primera tonsura, en 1823, lo hicieron subdiácono; al siguiente año, diácono, y en 1826 presbítero. Conocidas sus altas dotes, le fué concedida licencia absoluta para celebrar, predicar y confesar sin limitación alguna, y aún a religiosas en las Diócesis de Toledo, Sevilla, Cádiz y Málaga; fué Diputado de la mesa de Hacienda del Cabildo Eclesiástico de la Catedral de Córdoba, en cuyo puesto conquistó grandes lauros. En 1846 fué nombrado Arcediano de la Catedral de la Habana, ocupó

2

la Cátedra de Teología del Seminario San Carlos; fué Síndico del Hospital de San Felipe y Santiago, a cuyo establecimiento prestó tan grandes y meritorios servicios, que fué agraciado por S. M. con la Encomienda de la Real y distinguida Orden de Carlos III; en 1848, fué nombrado Rector de esta Real Universidad, en la que implantó un plan de estudio que recibió la sanción Soberana; en 1854 tomó posesión de la Administración del Hospital San Lázaro, de cuya gestión administrativa ya damos cuenta a grandes rasgos. En 1855 se le concedió la dignidad de Dean de la Catedral de la Habana y en el mismo año S. M. la Reina le nombró Obispo de Puerto Rico, cuyo alto puesto renunció tres veces, viéndose obligado a emprender un viaje a la Corte con el sólo propósito de exponer a S. M. las razones que le impedían aceptar la mitra. A petición suya y en atención a las dolencias que adquiriera en su vida activa, siempre dedicada al servicio de la humanidad doliente, le fué concedida la jubilación de Dean, en 1863 fué agraciado con la Gran Cruz de Isabel la Católica, como testimonio de sus imponderables méritos.

En 1864 y el primero de enero, día de su suntuoso, se sintió indispuerto; y el seis del mismo mes, en Madrid, entregó su alma a Dios. ¡Paz a sus restos! ¡Llor a su memoria!

A partir de la Administración del Padre Marañón, los enfermos eran sometidos a los tratamientos científicos de aquella época; y si es verdad que no se curaban, como tampoco nos curamos hoy, fué cuando comenzaron a sentir los beneficiosos efectos de la asepsia e higiene que tanto bien nos hacen.

Hasta 1890, fué dirigido el Hospital por los gobernadores militares de la Isla, pero en esa fecha fué designada la primera Junta de Patronos que en lo sucesivo había de dirigirlo, administrarlo y gobernarlo. El 27 de noviembre de aquel año, tomaron posesión de sus cargos los primeros patronos, cuya sesión constitutiva presidió el Gobernador Civil de la Provincia y la formaron los señores don Cándido Zabate, licenciado don Carlos Navarrete, el Marqués de Esteban, licenciado don Adolfo Duplessis, doctor don José de Cárdenas, licenciado don Rodrigo Ponce de León, don Lorenzo Pérez, don Ramón Egido, licenciado don Celso Gómez y licenciado don Emilio Iglesias y don José Melgares.

No es posible dado el carácter de esta publicación seguir minuciosamente los pormenores de los sucesos del Hospital bajo la dirección de distintas Juntas de Patronos que hasta la fecha ha tenido; como tampoco es suficiente para hacerlo, el muy escaso número de páginas de que podemos disponer. Para satisfacción de todos, sólo diré, como exponente fiel de la verdad, que los jefes de esta casa, no han tenido más divisa, que una acrisolada honradez y un interés muy marcado en mejorarla; si alguna vez ha tenido que sufrir crisis más o menos intensas, han sido debidas a las circunstancias anormales porque ha atravesado el país en general. Como exponente fiel de esta verdad, citaré la muy crítica por que pasó el Hospital durante la Guerra de Independencia; y después, durante la reconstrucción política y administrativa del país; pero como he dicho ya, siempre con habilidad y celo han sabido sortear los momentos de precaria dificultad.

Y ya que hablamos de los directores y administradores que ha tenido el Hospital, he de enumerar los que desde 1823 hasta nuestros días han regido los destinos de esta casa. Sirva esta relación como un recuerdo a la memoria de los muertos ya; y, como testimonio de respeto a los que aún viven:

Don José Rodríguez Castro, don Tomás O'Nanjen, don Manuel Saíenz de la Peña, don Gaspar Palacios, don Alfredo Souvell, Padre don Manuel G. Marañón, don Marcelino Cagigal, Monseñor Pedro Sánchez, don Jerónimo Usina, doctor don Antonio Díaz Albertini, don Jerónimo Acosta, don Manuel Sánchez Segovia, don Ramón Céspedes, don Emilio Mazón, doctor don Manuel López Laza, doctor don Felipe Rodríguez, doctor don Anastasio Saaveiro; doctor don Gustavo Giquel, el Conde de Casa Romero, don Juan Lucas Sánchez, don Antonio González Mora, doctor general Manuel F. Alfonso, doctor don Eduardo Borrell, doctor don José A. Clark y doctor don Benjamín Primelles.

Dentro del laconismo de estas notas, me he propuesto ser justo y verídico; y dejaría de serlo, si no mencionara muy especialmente la obra que como director llevó a cabo el doctor general Manuel Alfonso; él mejoró de manera notable y en lo que cabía la vetusta casa hospital, modernizó los distintos departamentos anticuados e inadaptables para las clínicas modernas, montó un laboratorio donde se hicieron trabajos de verdadero mérito científico y que nada tenía que envidiar a los mejores de los grandes centros, implantó tratamientos que en aquellos días eran la última expresión en el tratamiento de la lepra; y sacó a flote la hacienda del hospital, que cual restos de un naufragio de la tormenta de nuestra Guerra de Independencia, amenazaba desaparecer entre el desbarajuste administrativo que nos legó España al cesar; nuestra condición de colonos.

Como por sobre ascua quiero pasar por aquella etapa de nuestro traslado al Mariel; harlo conocido es de esta generación nuestras peripecias y tópicos de aquellos días, el escándalo que en toda la República y muy especialmente en la ciudad de La Habana, produjo la falta de tacto y previsión al ejecutar una medida que, si bien es verdad soy el primero en reconocer su necesidad, fuí también en aquellos días aciago el primero en protestarla; pasamos con la velocidad del rayo por sobre el montón de recuerdos de aquellos días de injusticia, dejemos que el tiempo con su manto de opacidad cuba aquellos recuerdos que entristecen y sublevan.

Sería pecar de ingrato evocar los recuerdos de aquellos días y no dedicar un pensamiento de gratitud a los que se pusieron a nuestro lado; y se lo debemos al doctor Díaz Cruz, a toda la prensa en general y muy especialmente a "El Mundo", "El Día" y "Heraldo de Cuba", todos defendieron a los leprosos, olvidaron sus antagonismos de partido, sus luchas de intereses y elevaron sus voces al unísono e hicieron tremolar la bandera de la Humanidad.

Dejemos el pasado, entremos de lleno en el presente, dejemos que el pasado doloroso duerma el sueño de lo que fué, y de lo que ninguna influencia provechosa puede acarreararnos en nuestra existencia actual, olvidemos lo que sea digno de olvido y rememoremos aquello que pueda servirnos de lenitivo a nuestras vidas de desencantados.

ONIO
NTAL

Si el filántropo don Pedro Añgre, si el bueno del Padre Maraño, se levantarán de sus tumbas y contemplasen la extensión e importancia de su obra, la más grande de las satisfacciones sería su impresión; ellos bendecían a sus continuadores; y nosotros los bendecimos a todos.

No tengo necesidad de esforzarme para pintar lo mucho que moral y materialmente hemos ganado con nuestra estancia en el Rincón, el que nos visita, aprecia sin ser muy perspicaz, todo lo bueno que de dos años a la fecha aquí se ha hecho; y sería el colmo de las injusticias y mala fe, no ver en el actual director, doctor Benjamín Primelles, un digno continuador del Padre Maraño y del general doctor Manuel Alfonso, con las virtudes para nosotros inapreciables de unos sentimientos compasivos ilimitados, y de una compiacencia inagotable.

Cuando el conflicto mundial se hallaba en su apogeo, y Cuba, como consecuencia lógica, estaba en el período álgido de su anormalidad, se hizo cargo de la dirección del Hospital el doctor Primelles, y luchando con todas las eventualidades de una situación "sui géneris" ha ido mejorando nuestra condición sin que fuera obstáculo insuperable para él, el triplicado aumento de los egresos, sin que hayan aumentado los ingresos, ni gravar nuestra hacienda; ha hecho del antiguo y horripilante Hospital "San Lázaro" otro que para sí quisiera cualquiera de esas naciones que se precian de figura, en primera fila entre los países cultos y progresivos, de un establecimiento que inspira horror al visitante, está haciendo otro, en que se respira confort, satisfacción y si posible fuese, hasta alegría de vivir.

Nunca soñó nadie con que el hospital "San Lázaro" tuviese un departamento de hidroterapia como el que le ha dotado el Dr. Primelles, y que, sin temor a competencia, puede parangonarse con el mejor de la República, un gabinete dental moderno, una sala moderna para operaciones, donde se inspecta y trata a los enfermos con procedimientos más modernos, un laboratorio para análisis, una sala para masajes y un sinnúmero más de mejoras e innovaciones que ellas por sí solas dicen más que mil páginas llenas por un plumero inhábil. Con respecto a la hacienda del Hospital, jamás en sus 238 años de existencia ha llegado a lo que en la actualidad; hoy representa un capital de más de \$1.880,000.

Si todos cumplieren como el doctor Primelles, más próspera sería aún nuestra situación, si todos los Ayuntamientos pagasen sus dietas (los hay que deben más de \$70.000) si todos sus créditos se saldasen y si el Estado indemnizase al Hospital por el usufructo de sus terrenos, ¡otro gallo nos cantarían!

El cuerpo facultativo hace digno "pendant" con la dirección, está formado por facultativos de verdadera sabiduría; el doctor Victoriano Cabrera, médico de visita, es un leprólogo experto y con un caudal de experiencia poco común; los doctores Alipio Portocarrero y Augusto Rosado, oculista y dentista, respectivamente, son tan hábiles y expertos como cariñosos y buenos; y el alumno interno, el joven F. Sicardó, estudiante muy aprovechado, figurará en no lejano día como estrella de primera magnitud en el campo de la medicina.

El médico de nuestras almas rivaliza con los de nuestro cuerpo: el bondadoso Pedro Apolinar López, Capellán del Hospital, se desvive por nosotros, nos trasmite su fe, nos consuela, nos llena de esa resignación cristiana que tanto necesitamos en nuestros momentos de desesperación, nos hace olvidar nuestras amarguras de aquí y vislumbrar las recompensas no lejanas.

Lo más grande, lo más noble, lo más sublime y digno del Hospital, son las virtuosas Hermanas de la Caridad, ellas, sin alarde, con esa característica modestia, realizan en el silencio la más grande de las obras de la Humanidad, el mundo no conoce la magnitud de sus virtudes, su laboriosidad constante en pro de los enfermos, sus atenciones y cariños maternos y el cuidado escrupuloso que con nosotros demuestran, nos las hacen ver como algo hobrehumano y venido del cielo.

Su fe, sus creencias, el Dios bondadoso, cuya protección jamás se ha negado, les hace ver esta enfermedad sin el temor y repulsión que al resto de nuestros semejantes inspiramos: Ellas son las únicas que endulzan las constantes amarguras de una vida de decepción, ellas, en nuestros últimos momentos con sus cariños y cuidados hacen que al partir para la Eternidad no llevemos la triste y dolorosa impresión de abandono.

Cuando el calor de la familia nos falta, cuando los amigos nos vuelven las espaldas; ahí las tenemos a nuestro lado, dispuestas a reemplazar todos los afectos, todos los cariños, todos los amores: ¡Ellas son el amor de los amores! ¡Benditas sean!

Y ¡bendita sea Carmela Nieto! Manantial inagotable de caritativa bondad, su nombre es pronunciado por nosotros día y noche con respecto venerable, con amor rayano en idolatría.

Pobre es el léxico de nuestro rico idioma para expresarle nuestro cariño y la magnitud de la gratitud que le debemos, mi silencio resulta aquí mil veces más elocuente que todo lo que digamos, cuando los sentimientos nos impresionan hondamente, se pierde la facultad de expresión.

Para nosotros, Carmela Nieto es algo así como el mirlo blanco de una Humanidad casi siempre indiferente ante el dolor ajeno, es algo más: es una manifestación de la bondad de Dios.



4

HOSPITAL DE SAN LAZARO



Fundador: don Pedro Alegre y Torres.
Exmo. Ayuntamiento de la Habana.

Fecha de la fundación: julio 30 de 1681.

Años que estuvo en La Habana: 236,
o sea, desde 1681 al 1917.

En Rincón: desde 1917 hasta 1938.

Nombres de los directores que ha habido: Dr. Francisco Tenesa, Gustavo Giquel del Villar, Anastasio Saaverio, Conde de Casa Romero, Juan Lucas Sánchez, Antonio González, Manuel F. Alfonso Cielas, Eduardo Borrell, José A. Clark, Benjamín Primelles Agramonte, Carlos Manuel Pernia, Victorino Cabrera, Armando Rojas, Hugo Hernández, Juan José Mestre.

Las Hermanas de la Caridad fueron llamadas a prestar sus servicios, por Real Orden, en junio de 1854 y llegaron en noviembre del mismo año 1854.)

Nombre de las Superioras que ha habido:

Sor Petra Moya, Sor Ramona Solanella, Sor Luisa Embil, Sor Juana Gorroicochea, Sor Francisca Furquet, Sor Sinforosa Arocena, Sor Ramona Idoate, Sor Antonia Barbero.

En la actualidad, somos 14 las Hermanas que prestamos servicio a estos enfermos.

Nombre de los Capellanes: Bachiller

Ignacio de Jesús Valdés, Agustín Rodríguez Huertado, José Ignacio Díez de León, Antonio Gutiérrez, José de Jesús Téllez Lara, Juan N. Vázquez, Antonio Falgueras, Camilo Ullez, Pedro Marín, José de Jesús Castillo, Manuel de Ocegüera, Juan Antonio Rodríguez, Francisco Bosch, Ramón Govina, Manuel Pardo Ulloa, Pedro Pablo Planas, Juan Antonio Rodríguez, Juan Bautista Aurrán, Joaquín Alaban, Juan Pumrada, Pedro Arnáiz, Gabriel Font, Bartolomé Cerra, Mariano Rodríguez Nicolás Serafín del Pozo, Juan del Cerro, Teodoro Lazcarrán, Francisco Torres, Joaquín Elías Toyo, Francisco N. Bonet, Francisco de Aramendi, Valentín Castany, José Antonio Fernández Cascaíns, Antonio Alcalá de Morán, Guillermo González del Solar, Prudencio Rodríguez, Miguel Barbachano, Manuel de Santa Cruz, Antonio Abín, Apolinar López.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA